



Isaac Asimov

Historia
Universal

La formación de Francia

La serie informalmente titulada *Historia Universal Asimov* reúne las obras dedicadas por el gran novelista y divulgador científico a la evolución política, cultural y material de la especie humana.

La Formación de Francia cubre el amplio y turbulento periodo que se extiende desde los últimos años del siglo IX — que vieron el final de la época carolingia y la llegada de una nueva dinastía personalizada en Hugo Capeto— hasta la conclusión de la Guerra de los Cien Años, a mediados del siglo XV.

1. El nuevo linaje

El último carolingio.

En el mes de mayo del año 987, un joven cayó de su caballo durante una animada partida de caza en lo que es hoy la Francia del noreste. Quedó seriamente lesionado, sangrando de la nariz y la garganta. El 21 de mayo murió.

El joven tenía escasa importancia en sí mismo. Su nombre era Luis y era rey, pero esto era todo lo que podía decirse de él. Tenía veinte años de edad, había remado durante un año y su única preocupación verdadera era pasarlo bien. Entró en la historia con el nombre de Luis V, el Holgazán.

En un aspecto, sin embargo, su muerte tenía una melancólica significación. Era el descendiente en séptima generación de Carlomagno, el más poderoso monarca de la Edad Media. Esto hacía de él un «carolingio», y Luis el Holgazán fue el último carolingio que llevó el título de rey. Carlomagno, en 800, había gobernado firmemente un Imperio Franco, vasto para la época, un imperio que se extendía por las naciones que ahora llamamos Francia, Holanda, Bélgica, Suiza, Austria, Alemania Occidental y la mitad norte de Italia^[1]. Después de su muerte, ocurrida en 814, el Imperio se desmembró.

La decadencia fue causada, en parte, por las querellas entre sus descendientes, en parte, por las destructivas correrías de los piratas nórdicos (los vikingos) en todas sus

costas y, en parte, por la mera dificultad de mantener unido un dominio tan vasto en las primitivas condiciones del transporte y las comunicaciones en aquellos días. La capacidad, la fuerza y la personalidad de Carlomagno le permitieron conseguirlo, apenas, pero ninguno de sus descendientes fue más que una sombra de él. Ellos no lo lograron.

En 911, la mitad oriental del Imperio vio morir a su último gobernante carolingio. Le sucedieron gobernantes de otras familias. La región ya no era franca, en el viejo sentido del término, y puede ser llamada más exactamente, en términos modernos, Alemania, aunque aún se consideraba un Imperio y veía a sus gobernantes como sucesores de Carlomagno, ya que no sus descendientes.

La mitad occidental del Reino de Carlomagno conservó gobernantes del linaje carolingio por tres cuartos de siglo más. Aún era franca, en este sentido, y podemos llamarla, con su nombre latinizado, «Francia». El nombre subsiste hasta hoy, porque de esa mitad occidental del Imperio de Carlomagno desciende la Francia moderna.

Pero todo el Imperio, fuese el rey carolingio o no, estaba fragmentado. Bajo el terrible ataque de los vikingos, cada uno debía velar por sí mismo. La gente se agrupaba para defenderse bajo el mando de cualquier jefe local fuerte que estuviese dispuesto a combatir y prestase poca atención al rey distante, quien, de todos modos, era impotente. El rey carecía de un ejército central y no había manera alguna de que pudiese viajar rápidamente de un extremo al otro de las grandes regiones que se hallaban teóricamente bajo su gobierno.

Ciertamente, una de las razones de que Luis V fuese un «Holgazán» era que no había mucho que él pudiese hacer. Por la época en que murió el último carolingio, el título de rey no tenía ningún valor en sus dominios. El rey tenía prestigio social, la gente le hacía reverencias y se dirigía a él en términos altisonantes, pero no tenía ningún poder, y cada noble dictaba sus propias leyes.

La prosperidad del Reino disminuyó junto con el poder del rey. Las transacciones y el comercio quedaron casi a la nada, y cada propiedad tuvo que bastarse a sí misma de manera escasa y miserable. Las ciudades quedaron reducidas a aldeas, la población fue mucho menor que en tiempos romanos, y sólo unos pocos sacerdotes podían aprender lo suficiente como para leer los pocos libros religiosos que quedaban.

Sin embargo, se logró un cambio decisivo. El ingenio del hombre no había muerto. Se inventó un nuevo tipo de arado particularmente bien adaptado al suelo pesado y húmedo del norte de Europa. Entraron en uso las colleras y las herraduras, que facilitaron la utilización de la energía del caballo. La collera aumentó la eficacia de los arneses del cuello y permitió al caballo tirar con una fuerza cinco veces mayor de lo que permitían los antiguos arneses. Las herraduras clavadas en sus pezuñas las protegían y lo hacían menos vulnerable al daño físico. Cuando los caballos reemplazaron a los lentos y torpes bueyes como principal animal de trabajo en las granjas, la provisión de alimentos empezó a aumentar. Esto, junto con el nuevo arado, hicieron de las regiones que bordean el Canal de La Mancha una importante zona agrícola, por primera vez.

Al aumentar la provisión de alimentos, empezó a aumentar también lentamente, por vez primera desde la caída del Imperio Romano, la población de la zona. Los hombres siguieron muriendo como moscas por las enfermedades, pero la mortandad por hambre, aunque en modo alguno fue suprimida, empezó a decrecer.

También empezó a difundirse el uso del molino de agua. Éste era un sistema por el cual la corriente de un curso de agua en movimiento rápido hacía girar una rueda que hacía mover una pesada muela. Esta podía ser usada para moler cereales o accionar herramientas simples, como sierras y martillos. Aumentó la disponibilidad de harina y madera.

El molino de agua fue una invención de tiempos romanos, en verdad, pero sólo por entonces, cuando se extinguió el linaje carolingio, alcanzó difusión. Allí donde había habido docenas de ellos en tiempos romanos, surgieron centenares y pronto millares.

Las agitadas corrientes del norte de Europa eran más adecuadas a tal fin que los tranquilos y superficiales arroyos de la región mediterránea. Además la escasez general de mano de obra (que era peor en la Francia primitiva de las Edades Oscuras que en el próspero Imperio Romano de ocho siglos antes) acuciaba la búsqueda de una fuente no viva de energía.

El molino de agua fue la primera «fuerza motriz» (cualquier mecanismo para convertir energía natural en trabajo útil) importante distinta del músculo vivo, humano o animal. Aquéllos que construían y mantenían los molinos (los «constructores de molinos») fueron los primeros mecánicos modernos. El molino de agua, en efecto, no sería superado como fuerza motriz durante ocho siglos, hasta el advenimiento de la máquina de vapor.

Sin embargo, este viraje decisivo, esta gradual disipación de la oscuridad, aunque clara para nosotros, mil años después, cuando la contemplamos retrospectivamente, no podía ser visible para la gente de la época. No podían haber adivinado que lo peor ya había pasado, que ahora el progreso material, lentamente, llevaría de nuevo la Tierra, después de la larga decadencia, a una economía mejor, una mayor riqueza, una población creciente y una intensificación del saber y la cultura.

¡Muy por el contrario! En 987, la gente miraba el futuro con pesimismo. El año mismo parecía amenazante.

En el místico libro bíblico del Apocalipsis, en el capítulo 20, se habla de un período de mil años después del cual habría un enfrentamiento final con las fuerzas del mal, un juicio final, y el fin de la vieja Tierra. Algunos creían que los mil años debían ser contados desde el nacimiento de Je-

sús, y en tal caso, ¿no señalaría el año 1000 el fin del mundo? ¿Y acaso no llegaría apenas trece años después?

Era posible argumentar que todas las calamidades que se habían abatido sobre la Tierra desde la caída del Imperio Romano eran parte del largo deslizamiento hacia tal fin. Y ahora, a pocos años del místico año 1000, llegó el fin del linaje de Carlomagno, el único gobernante bajo el cual pareció —sólo por un momento— que podrían revivir de algún modo las glorias de Roma. Sin duda, ése era el último signo.

No sabemos cuántas personas creían realmente en el juicio del año 1000; tal vez, sólo unos pocos místicos. Pero seguramente incluso quienes no creían realmente deben de haberse sentido intranquilos y desalentados.

Pero, cualquiera que fuese la melancolía y la depresión, la vida (aunque sólo fuese por el momento) tenía que seguir. Alguien tenía que ser rey, y correspondía a los grandes nobles, a los señores del Reino, elegir a ese alguien.

Sin duda, aún existían carolingios. El difunto Luis xv tenía un tío, Carlos de Lorena. Pero ese tío reconoció al monarca alemán como soberano de sus propias tierras de Lorena. Los señores franceses no admitían tener como rey al subordinado de un extranjero y, además, Carlos era impopular por otras razones. Los señores no querían saber nada de él.

Pero, si no era Carlos, ¿quién, entonces? Los señores alemanes habían sentado el precedente de elegir a uno de ellos como gobernante cuando murió su último rey carolingio, y parecía que los señores franceses no tenían más opción que imitarlos.

El primer Capeto.

El más poderoso de los señores del norte de Francia era Hugo Capeto. «Capeto» no era un apellido, sino un apodo

derivado de una capa particular que acostumbraba usar cuando desempeñaba ciertas funciones como abad. Pero el apodo ganó carácter de apellido, y Hugo y sus descendientes son generalmente conocidos como los «Capetos».

Las tierras de Hugo Capeto se centraban alrededor de París, la ciudad más importante de Francia ya entonces, y se extendían por trece kilómetros al noreste, hasta Laon, y a ciento treinta kilómetros al sudoeste, hasta Orleáns. También poseía trozos dispersos de tierras fuera del conjunto principal de sus dominios. No era un ámbito compacto, pero incluía zonas que eran, para los patrones de la época, populosas y ricas.

Era suficientemente poderoso como para haber podido arrebatarse el trono por la fuerza a cualquiera del último par de carolingios, y también lo había sido su padre antes que él. De hecho, su abuelo Roberto había hecho el intento y había gobernado con el nombre de Roberto I durante un año, aproximadamente, más de medio siglo antes. Pero este gobierno fue desafortunado y se había disipado enteramente en el intento, y el fracaso, de Roberto de obtener la aceptación de los otros señores.

Hugo y su padre juzgaron más conveniente ser los poderes que estaban detrás del trono. Esta posición tenía menos *status* y quizá fuese desagradable ver a un carolingio incapaz llevar la corona, el manto real y tener el título de rey, pero también era más tranquilo.

Tampoco significaba la renuncia permanente a las ambiciones. Podía llegar el momento en que las condiciones hicieran posible que un no carolingio accediese a la realeza, y cuando esto ocurriese, Hugo y su padre estarían preparados.

El padre de Hugo murió antes de que llegase el momento, pero Hugo Capeto siguió esperando y haciendo planes. La jugada más astuta que hizo fue aliarse con Adalbero, arzobispo de Reims y el más alto prelado de Francia. Juntos, el más grande de los señores y el más grande de los obispos del Reino trabajaron calladamente para formar un partido favorable a ellos, y esperaron. Cuando murió Luis el Holgazán sin hijos y con sólo un tío impopular que llevaba el nombre de carolingio, se presentó la oportunidad.

Cuando el carolingio Carlos de Lorena proclamó que el trono era suyo por derecho, como descendiente del gran Carlomagno, Adalbero sacudió su cabeza firmemente. Era Adalbero quien, como arzobispo de Reims, tenía la tarea de coronar al rey. Si se negaba a hacerlo, Carlos de Lorena no podía convertirse en rey, al menos no hasta que dispusiese de una fuerza suficientemente grande e intrépida como para imponer su voluntad a la Iglesia.

Carlos estaba dispuesto a hacer el intento, pero ello llevaba tiempo, y mientras el carolingio buscaba afanosamente los medios para apoderarse del trono, Adalbero declaró que los señores de Francia tenían derecho a elegir a quien desearan como rey, carolingio o no, y luego movió cielo y tierra para persuadirlos a que eligiesen a Hugo Capeto. En esto, recibió gran ayuda de su secretario, Gerberto, quien preparó los argumentos eruditos necesarios para demostrar que debía elegirse un rey y que éste debía ser Hugo Capeto.

En efecto, Hugo era el hombre adecuado. Los señores se reunieron a mediados del verano de 987 y se dispusieron a deliberar. No les llevó mucho tiempo. Gracias a los cuidadosos preparativos políticos de Hugo y a la mera falta de un candidato alternativo sobre el cual pudieran ponerse de acuerdo, fue elegido unánimemente.

Hugo estaba un poco mejor materialmente que los carolingios que lo precedieron. Éstos habían gobernado directamente sobre pocas tierras o ninguna, pero habían conservado el título de rey, junto con el prestigio social de ser considerados de rango superior al de otros nobles. Esto significaba que no tenían ingresos ni soldados, excepto los que les concediera algún señor que los tenía y que optase por ponerse del lado del rey para sus propios fines.

Hugo Capeto, en cambio, poseía considerables tierras y, por tanto, podía disponer de soldados y dinero sin tener que pedírselos a nadie. Pero no era el único terrateniente del norte de Francia. Al oeste de sus dominios reales centrados en París, estaba el Condado de Blois, por ejemplo, y al noroeste el Ducado de Normandía. Al sur de Normandía, estaban el Condado de Maine y el Condado de Anjou, mientras al oeste de éstos se hallaba el Condado de Bretaña. Al este, estaban el Condado de Champaña y el Ducado de Borgoña. Al sudoeste estaba el Condado de Poitou, etc.

Estos condados y ducados eran un importante escollo para Hugo. La desintegración del Reino desde la época de Carlomagno había dado origen a un sistema de mosaico en forma de pirámide, que regía la economía, el derecho y la política de Francia. Por él, el ámbito del rey se dividía en los gobiernos de varios grandes «vasallos» (de una vieja palabra céltica que significa «sirviente»), quienes debían fidelidad al rey como su «ligio». La tierra de cada vasallo era dividida entre vasallos menores, cada uno de los cuales dividían sus porciones entre vasallos aún menores, hasta llegar a la base de la pirámide, los campesinos sin tierras.

En teoría, cada vasallo tenía un solo ligio a quien debía ciertas obligaciones claramente determinadas y de quien recibía ciertos privilegios específicos. Si este sistema «feudal» (de una vieja palabra teutónica que significa «propiedad», pues se basaba en la propiedad de la tierra) se hubiese ajustado a la teoría, podía haber funcionado bien, pero no fue así. Los deberes que un vasallo debía a su ligio

habitualmente sólo eran prestados cuando el ligio poseía claramente una fuerza superior, cosa que a veces no sucedía. Debido a los accidentes del nacimiento y la guerra, un vasallo podía poseer más tierra y tener más poder que su ligio; y podía tener varios ligios sobre las diversas partes de su territorio.

Como consecuencia de ello, los condes y duques luchaban incesantemente entre sí y con sus vasallos; y si llegaban a unirse, era sólo en una obstinada resistencia contra el rey.

Sin duda, los señores habían votado a Hugo para la realeza, pero esto era todo, en lo que a ellos concernía. No estaban particularmente interesados en dejarle algo más que el título. Por ello, Hugo tuvo que mantenerse firme en su realeza, una vez que la obtuvo, sin mucha ayuda.

Por ejemplo, tuvo que combatir todavía con Carlos de Lorena. Carlos no había aceptado en modo alguno la decisión de Adalbero y los señores reunidos. Era un carolingio y pretendía ser rey. Reunió un ejército y logró apoderarse de las importantes ciudades de Laon y Reims, en la misma frontera de los territorios de Hugo. La gente tendió a adherirse a Carlos, por sus antepasados, y Hugo se halló en una posición delicada.

De acuerdo con la teoría feudal, Hugo podía haber apelado a sus vasallos para que se uniesen a él contra Carlos, pero todos ellos tenían otros intereses. Por ello, Hugo recurrió al clero. Persuadió al arzobispo de Laon a que organizase una conspiración contra Carlos. El carolingio fue cogido en su lecho y entregado a Hugo. Sin un jefe, las fuerzas de Carlos pronto se esfumaron.

Hugo lo metió en prisión, y puesto que en aquellos días los prisioneros no vivían, por lo común, mucho tiempo (particularmente si su vida era un inconveniente para sus carceleros), Carlos murió en 992.

También, según la teoría feudal, Hugo tenía el derecho de ser juez en las disputas entre sus vasallos e impedir, de

este modo, la guerra. De hecho, los poderosos señores de Francia desdeñaron el juicio de Hugo y prefirieron dirimir sus cuestiones en el tribunal de la guerra. A veces, al tratar de mantener a raya a sus poderosos vasallos, Hugo no tuvo más remedio que ponerse del lado de uno de ellos contra el otro.

Así, Blois y Anjou estaban combatiendo constantemente, ambos igualmente equivocados e igualmente hostiles de Hugo. Pero Blois colindaba directamente con el territorio de Hugo. Por ello, Blois era el peligro inmediato y Hugo combatió del lado de Anjou.

Ocasionalmente, exasperaba a Hugo el tener que luchar con sus propios vasallos, cuando éstos estaban, en teoría, sometidos a él. Se cuenta que, en cierta ocasión, le gritó al conde de Angulema, un territorio del sudoeste de Francia, que lo enfrentó en el campo de batalla: «¿Quién te hizo conde a ti?».

Según la teoría feudal, desde luego, los vasallos debían sus títulos al rey, pues era un rey quien (en teoría) se los había conferido. Pero ésta no era en absoluto la idea que el conde de Angulema tenía de la cuestión. Y respondió altaneramente: «El mismo derecho que te hizo rey a ti».

Y, por supuesto, éste era el punto débil de Hugo. Había sido elegido; no había heredado su título. No era él quien había hecho condes, a fin de cuentas, sino que todos los condes Juntos lo habían elegido rey a él.

En cuanto a él, esto no podía evitarse, pero estaba obligado a preocuparse por la sucesión, y empezó a hacerlo tan pronto como se convirtió en rey.

¿Sería rey su hijo, en su lugar? ¿O habría otra elección? El orgullo de familia le hacía desear que el título real continuase en su familia y él mismo fuese el fundador de una nueva dinastía de reyes. Su preocupación por la nación le hacía desear lo mismo. Si la muerte de cada rey era seguida por una elección, los anales del país sólo estarían llenos de guerras civiles.

La solución que halló fue hacer coronar rey a su hijo Roberto mientras Hugo aún vivía. Medio año después de su ascenso al trono Hugo hizo coronar a Roberto por el arzobispo de Reims, consagrándolo en una cabal ceremonia religiosa en presencia de los señores del Reino, quienes, a la fuerza, juraron fidelidad de la manera más solemne.

Esto convirtió a Roberto en rey, aunque en un papel subordinado, claro está. Luego, cuando llegase para Hugo el momento de la muerte, Francia ya tendría un rey, totalmente coronado y consagrado, y los señores no podrían hacer nada, pues ya habían jurado lealtad. Tampoco podían discutir su legalidad, pues había muchos precedentes de este género en la historia pasada. El mismo Carlomagno había hecho coronar a su hijo mientras aún vivía.

Los Capetos mantuvieron esta costumbre de coronar al hijo en vida del padre durante dos siglos. En tiempo de Hugo Capeto, pocos habrían considerado probable, siquiera, que la nueva dinastía perdurase por largo tiempo, pero esta costumbre, sumada al hecho afortunado de que cada rey tuvo un hijo que pudo ser coronado y luego sobrevivió a su padre, mantuvo viva la dinastía.

Otros factores que ayudaron a los Capetos fueron que cada rey de la dinastía llevó una suave y no muy ostentosa lucha para aumentar sus posesiones y, de este modo, hacer más fuerte su posición. También todos ellos siguieron la cautelosa política de Hugo Capeto de trabajar en colaboración con el clero. Siguieron dando una aureola profundamente religiosa a la coronación y fueron deferentes con los grandes arzobispos. En retribución, el clero ejerció su influencia, siempre poderosa, sobre la opinión pública. Hasta un señor hostil, indiferente a la Iglesia y a los eclesiásticos, debía ser cauteloso para atacar a alguien de quien se proclamaba que Dios estaba de su lado. Pues si el señor mismo era insensible a tales cosas, sus soldados podían no serlo.

Así ocurrió que Hugo Capeto, cuya posición en el trono fue durante toda su vida tan frágil como una tela de araña, dio origen a una larga y renombrada dinastía de reyes. Durante ocho siglos, de 987 a 1792, Francia fue gobernada sin interrupción por ese linaje, que incluyó treinta y dos reyes en total. Otros tres Capetos reinaron de 1815 a 1848. Y bajo esos Capetos, Francia pasó por períodos en que fue el mayor poder militar de Europa y, lo que es más importante aún, estuvo culturalmente a la cabeza de Europa.

La corona y el clero.

Hugo Capeto murió en 996 y su hijo se convirtió en rey con el nombre de Roberto II. Fue un gobernante suave y culto, pues de joven fue educado por Gerberto, quien había sido tan útil a Hugo en su ascenso al trono.

Roberto también era piadoso; en verdad, pasó a la historia con el apelativo de «Roberto el Piadoso». Uno de sus placeres era componer y cantar himnos, y hasta donó un himno de su propia composición a un monasterio durante una peregrinación a Roma. (Se cuenta que lo dejó en un paquete sellado, y los monjes, que esperaban una generosa donación de dinero, se sintieron, muy humanamente, desengañados de hallar dentro nada más que el elogio de Dios).

La piedad de Roberto lo llevó a apoyar las reformas en el seno de la Iglesia.

Aparentemente, hay una suerte de ritmo en la historia del monaquismo. Se fundaban monasterios de acuerdo con reglas estrictas y virtuosas, pero, a medida que pasaban las generaciones, las costumbres se relajaban y aparecían abusos. Entonces surgía un movimiento reformista en el que se establecían nuevas reglas y se iniciaba otro período de rígida virtud, que, a su vez, gradualmente se relajaba y requería nuevas reformas.